

Más se consigue con miel que con hiel

experiencias

Por Carolina Gómez
(cgomez@elsauce.edu.ec)

He sido docente por más de 20 años. ¡Vaya trayectoria!, dirían algunos, mientras otros quizá piensen que aún me queda mucho por recorrer. Son innumerables las historias vividas y compartidas: de logros y fracasos, de risas y llantos, pero, sobre todo, de aprendizaje. Y no me refiero solo al aprendizaje académico, sino a ese que marca nuestras vidas, que deja una huella en el alma y el corazón.

Ser docente me ha enseñado la importancia de la palabra adecuada en el momento preciso. En un mundo lleno de violencia, discriminación, desigualdad e injusticia, las jóvenes mentes nos cuestionan constantemente, nos desafían y nos obligan a buscar respuestas a preguntas nunca antes imaginadas.

Díganme, entonces, ¿quién no ha tenido que detener una clase de matemáticas, ciencias sociales o inglés para responder a esas preguntas inesperadas sobre temas controversiales? O ¿quién no ha sentido la voz de un estudiante quebrarse al borde del llanto al compartir una experiencia personal? Y sí, todo esto viene en el “paquete” de la docencia.

Siempre he creído que, para erradicar la violencia en cualquiera de sus presentaciones, debemos formar seres de paz: resilientes, capaces de resolver conflictos de manera pacífica, tolerantes y empáticos, que amen la vida y la respeten, que vean en el otro una oportunidad para ayudar y mejo-

rar. Ser docente va más allá de enseñar fórmulas, números o fechas históricas; también es construir una cultura de paz, un espacio donde los estudiantes se sientan seguros, donde sepan que pueden contar sus historias sin temor a ser juzgados o castigados, sino guiados y orientados. La reflexión es el primer paso para evitar la confrontación.

Nuestra labor nos permite ser un ejemplo de adaptabilidad, paciencia, respeto y amor, donde nuestros estudiantes puedan verse reflejados. Que, al pasar los años, no solo recuerden la fórmula química del metano, sino también a esa persona que les enseñó que la calma y la paz logran mucho más que la ira y el conflicto.

Y que la empatía y la tolerancia son el mejor camino para cambiar el mundo, comenzando por uno mismo.

Hace algunos años, mientras giraba en el pasillo de las verduras del supermercado, me encontré con uno de mis “monsters” –como cariñosamente llamo a mis estudiantes–. Esteban se lanzó a mis brazos y me miró con los mismos ojos de hace 15 años.

Me contó sobre su vida y me presentó a su familia diciendo: “Es mi

Nuestra labor nos permite ser un ejemplo de adaptabilidad, paciencia, respeto y amor; donde nuestros estudiantes puedan verse reflejados.

profe del cole. ¿Recuerdan que les conté aquella vez en que mi profe evitó que me agarrara a puñetes con el Escobar? ¡Sí, el Escobar, el tío Julio como ustedes le dicen!”.

Entre risas y sonrisas, recordamos ese fatídico día en el que, por lanzar “sin querer” un borrador, el Escobar lo golpeó.

Eso desató su ira, y de repente parecía que un personaje de Mortal Kombat salía a hacer un “*fatality*” al pobre que no tuvo buena puntería.

Los ojos de su hijo menor se abrieron con asombro al enterarse de que, en algún momento, su padre y su mejor amigo estuvieron a punto de pelear, y que fue su profe quien evitó el enfrentamiento. Entonces, escuché una pequeña voz decir: “¡Ahhh, ya entiendo, papá, por qué siempre dices que nunca se debe pelear!” Y mirándome a mí, dijo: “Tú eres la que siempre dice que *más se consigue con miel que con hiel*. Al fin te conozco. Hola soy Julián”.

Después de intercambiar una mirada y compartir una sonrisa con mi querido Esteban, comprendí que ese era el sentido de la vocación docente: el aprendizaje para la vida.

Formemos seres humanos de paz que, a su vez, enseñan a sus hijos que una simple frase, de esas que dicen las abuelitas, puede marcar sus vidas. Y que, al evitar la violencia, se puede ganar al mejor amigo de toda una vida.